

Año VI N.° LXII

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



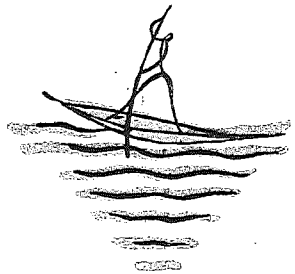


Sumario

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Suspensión del destino* * DAVID KATZ: *Caracterología y psicología animal* * EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Poemas arábigoandaluces* * GEORG KAISER: *Gas* (continuación) * CORPUS BARGA: *Diálogo sobre el teatro judío de Moscu y el teatro chino de La Habana.*

NOTAS.—B. CABRERA: A. S. Eddington: *Estrellas y átomos* * ANTONIO ESPINA: Ramón Gómez de la Serna: *Goya* * BENJAMÍN JARNÉS: *Una falsa falsilla* * JUAN CHABÁS: Vicente Aleixandre: *Ámbito* * Fe de erratas.

Precio: 3,50 Madrid Agosto 1928



Año VI N.° LXII

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



Dezimo mez llama
do Tecuilhuitzintli
como quien dice Fiesta
de Caballeros nobles
y Mancebos



Onzeno mez llamado
Huei-Tecuilhuitl
que es como quien dice
Fiesta de Señores Ma
yores

Sumario

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Suspensión del destino* * DAVID KATZ: *Caracterología y psicología animal* * EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Poemas arábigoandaluces* * GEORG KAISER: *Gas* (continuación) * CORPUS BARGA: *Diálogo sobre el teatro judío de Moscu y el teatro chino de La Habana.*

NOTAS.—B. CABRERA: A. S. Eddington: *Estrellas y átomos* * ANTONIO ESPINA: Ramón Gómez de la Serna: *Goya* * BENJAMÍN JARNÉS: *Una falsa falsilla* * JUAN CHABÁS: Vicente Aleixandre: *Ámbito* * Fe de erratas.

Precio: 3,50 Madrid Agosto 1928

Caracterología y psicología animal

DESDE hace tiempo sigo como un principio de mis investigaciones, que con gran frecuencia he podido confirmar, el plantear, a título de ensayo, todas las cuestiones de la psicología general también en la esfera de la psicología animal.

En los casos en que se presentan en el hombre y los animales facultades iguales, o muy análogas, esta manera de proceder puede evitar que se admitan, para explicar actos humanos, factores más complicados que los que se pueden conceder a la conciencia animal. Sirvámonos para aclarar este principio de investigación, de un caso muy sencillo de la percepción de los colores: La prueba de que el contraste simultáneo existe en los animales, hasta por debajo de las abejas, ofreció a la concepción de Ewald Hering, de la dependencia fisiológica del contraste simultáneo en el hombre, un cierto apoyo, para combatir la vieja teoría de Helmholtz, que suponía la coexistencia de «conclusiones inconscientes». Las consideraciones siguientes sobre «caracterología y psicología animal», pueden ser tomadas, desde luego, como una aplicación del expresado principio—como principio metódico de control—en el territorio de la caracterología humana. Pero, a la vez, pretenden dar respuesta a cuestiones generales: 1.ª ¿Qué importancia tiene la psicología animal para la caracterología humana? 2.ª ¿Se puede desarrollar partiendo de los animales una caracterología animal, así como existe una caracterología humana?

Al empezar este estudio, debo recordar también otro principio, que hace que las investigaciones de caracterología animal parezcan de gran importancia metodológica para adquirir ciertos conocimientos en la esfera de la caracterología humana. Trátase de un principio que anteriormente intenté desarrollar en relación con la psicología infantil. El éxito de muchos experimentos psicológicos se malogra en los adultos, porque, aun en el caso de haberlo prohibido expresamente el experimentador no pueden evitar reflexiones sobre la finalidad del experimento. ¿Cómo, por ejemplo, en las investigaciones sobre la memoria intuitiva de los colores, abstenerse de reproducir los nombres de los colores al eludir esa reflexión? En tales casos, los experimentos practicados con niños muy jóvenes, nos sirven de sustitutivos, porque en ellos es más seguro que no sean capaces, todavía, de reflexionar sobre las palabras en general, ni tampoco sobre la situación en que se les pone. Pero los experimentos con animales están todavía más asegurados que los que se hacen con niños contra el recelo en este sentido. En el momento en

que no puede hablarse de reflexión en los animales, queda a un lado también la simulación consciente. Con frecuencia es muy difícil llegar al verdadero carácter de un hombre, porque éste se encubre, reiterada y consecuentemente, bajo una máscara que ostenta al exterior. Pero el animal, con su carácter, está sin velos, sin disimulo, ante todo el que puede interpretar sus movimientos de expresión. Está siempre tal como es, salvo en casos muy insólitos, en que un animal, principalmente para lograr cierto fin, simula (la perdiz que gesticula como paralítica de las alas). Pero su juego puede ser descubierto fácilmente. Es muy importante el hecho de que, según esto, la caracterología animal puede contar, *a priori*, metodológicamente, con una posición esencialmente más sencilla y diáfana que la caracterología del hombre.

II

Hasta ahora, la ciencia ha dejado casi por completo a un lado la comprobación de las relaciones que existen entre la caracterología humana y la psicología animal. No se trata de inferir de una vaga semejanza de las expresiones fisiognómicas de un determinado animal y un cierto hombre, un parentesco correspondiente de sus caracteres. Los peligros no son tan grandes si en lugar de la expresión morfológica de los rostros se comparan, por su valor caracterológico, los *movimientos expresivos* de hombres y animales. Solamente los movimientos expresivos, interpretados críticamente,

forman una base sólida para asentar sobre ellos una psicología comparada, y, por tanto, también para estudios de caracterología comparada. El hombre y los animales superiores tienen, indudablemente, mucho de común en sus movimientos expresivos y en los estados correlativos de conciencia.

Tan injustificados como han sido hasta ahora los intentos para hacer comprensibles los varios caracteres humanos partiendo del animal, han sido los de la anterior psicología animal, por haber caído en el error de una previa interpretación antropomórfica del carácter animal. Para ver mejor la inadmisibilidad de tal proceder, cuando se refiere a toda una clase animal, indiquemos aquí un pasaje de una vieja edición de la *Vida de los animales*, de Brehem, describiendo el carácter del mamífero:

«El mamífero posee memoria, razón y sentimiento, y a menudo tiene, por tanto, un carácter muy determinado. Muestra facultad de diferenciación, sentimiento del tiempo y del lugar, color y sonido, conocimiento... juicio, facultad de llegar a conclusiones; conoce los peligros y *medita los medios* de evitarlos. Tiene inclinaciones y aversiones, amor hacia su consorte y sus hijos, *agradecimiento, fidelidad, aprecio y desprecio, cólera y benignidad, astucia y prudencia, sentimiento del honor y artería*. El animal inteligente, calcula, reflexiona, pondera, tantea, antes de obrar; el que tiene sentimientos ofrece conscientemente libertad y vida para satisfacer su íntimo deseo. *Tiene un alto concepto de la sociabilidad y se sacrifica al bienestar de la comunidad. Vence los deseos y las pasiones*

y sabe dominarse, pero a la par demuestra voluntad independiente, fuerza de voluntad.»—En esta, como en todas las consideraciones sobre el carácter de los animales, debidas a darwinianos ortodoxos, se descubren las consecuencias embarazosas de la actitud dogmática del espíritu al interpretar, sin titubeos, ciertas maneras de comportarse los animales, como si fueran disposiciones caracterológicas humanas.

También en la descripción siguiente de una personalidad animal (que tomo de la conocida obra de K. Groos, sobre los juegos de animales) se ha exagerado quizá demasiado esta humanización: «Un bulldog, de humor muy filosófico, que yo tuve hace tiempo, hacía regularmente, por su cuenta, paseos que pudieron ser muy costosos para su amo. Abandonaba la casa sin llevar bozal (cosa prohibida por la Policía), pasaba por delante de la Comisaría ladrando sin el menor reparo, se colaba en los jardines de palacio, solo, sin tener en cuenta que estaba terminantemente prohibido que entrasen perros sin cadena.»

Nuestras objeciones contra descripciones como las precedentes no se deben entender, en absoluto, como si *a priori* descartásemos la posibilidad de que muchas especies de animales, o personalidades animales, muestren rasgos de carácter análogos a los hombres, o a algunos individuos humanos, cuando lo que hacemos es resistirnos primero a admitir un parentesco caracterológico, sin pruebas eficaces de su existencia, y después, en segundo lugar, a admitir la facultad del animal para reflexionar conscientemente sobre los motivos significativos caracterológicamente de su conducta, que es inoportuno suponer en cualquiera circunstancia.

III

Si se define la caracterología como ciencia de la personalidad, considerada desde el punto de vista de sus tendencias, como la ciencia de la tendencia en el sentido y significación que tienen para la personalidad, resulta que, demostrando que es lícito hablar de personalidades dentro del mundo de los animales, queda a la vez demostrado que, en principio, es posible una caracterología animal. Esta demostración no es difícil, en el sentido de la psicología individual, para grandes grupos de animales y, en todo caso, para los animales superiores.

Todos los que poseen perro aseguran—y con razón—que su perro tiene una personalidad completamente distinta de todos los demás perros de la misma raza. La prueba de que las diferencias individuales observadas en los perros y otros animales, que conviven con el hombre, no son, exclusivamente, producto de la educación, sino que más bien dependen de ciertas disposiciones innatas, está en el hecho de que esas diferencias—y no en grado mínimo—existen aún entre animales, hermanos de padre y madre, del mismo sexo, y crecidos en las mismas condiciones exteriores. Tal vez no exista prueba más convincente del papel de lo innato en el carácter, que estas observaciones sobre animales. Si lográsemos una identidad

muy minuciosa, establecida experimentalmente, de todas las circunstancias exteriores de la vida, podríamos conceder a la observación una fuerza probatoria mucho mayor que a las observaciones semejantes sobre mellizos humanos del mismo sexo.

No hay que decir que es preciso ocuparse, durante un tiempo suficientemente largo, de los animales y estudiar exactamente su manera de comportarse para poder reconocer las diferencias de personalidad que entre ellos existen y formularlas adecuadamente. Recordamos, al efecto, las descripciones fundadas en la rica y viva observación de animales libres, hechas por cazadores interesados en la psicología animal, que no dejan lugar a duda de que los animales son personalidades, cada una de las cuales se diferencia de todas las demás, tanto morfológica como psicológicamente. Del pájaro como personalidad se ha ocupado, con singular penetración, Schjelderup-Ebbe, que ha llegado, después de estudios profundos, a concluír que cada pájaro es una personalidad en el sentido de que se distingue de las demás por su exterior, sus movimientos expresivos y sus cualidades espirituales. Claro es—dice él—que todo esto sólo se puede reconocer cuando el investigador se ha ocupado a fondo con algunos pájaros de una especie y ha aprendido a estimar y observar las más finas diferencias individuales. El investigador noruego ha observado que los pájaros son capaces de distinguir mucho mejor a sus compañeros de especie que a los individuos de otra especie de aves; esta afirmación—después de otras observaciones sobre otros animales—permite una generalización diciendo que toda especie animal—por virtud de la innata consonancia sensomotriz de todos los ejemplares de esta especie entre sí—comprende sus propias formas y actitudes corporales y sus movimientos expresivos mejor que los de otra especie cualquiera. La tesis rige también para el hombre y aún es muy probable que el animal sea muy superior al hombre en intuír y captar inconscientemente la personalidad de sus semejantes.

Cuando nace una simpatía o una aversión entre individuos de una especie animal, inexplicable desde nuestro punto de vista; cuando un macho se niega a aparejarse con una hembra que para otro macho es deseable, existe, indudablemente—desde el punto de vista del animal—, una causa suficiente de ello en estas relaciones «personales», que solamente existen para el animal. Partiendo de estas afirmaciones, se llega a la consecuencia, importante metodológicamente, de que la razón para hablar de personalidades animales aún está, en realidad, más hondamente fundada de lo que parece, cuando se considera la cuestión desde el hombre. Dejemos indicada a la vez otra importante consecuencia. El cultivo de una caracterología animal que toma su punto de partida en el hombre, no coincide con el cultivo de una caracterología animal que parte del animal. Ambas tienen—claro está—su justificación relativa, pues lo mismo puede hacerse objeto de estudios caracterológicos la relación de inclinación del animal respecto al hombre que de los animales entre sí. Mientras no se olvide que ambos puntos de vista son posibles, nunca será demasia-

do grande el peligro de entremezclarlos equivocadamente. Más adelante volveremos sobre el problema enlazado con estas indicaciones.

«El talento se forma en la quietud; el carácter, en cambio, se forma en el torrente del mundo.» No es fácil decidir cuáles son las condiciones más favorables para el desarrollo del talento entre los animales. Pero, sin duda, la segunda parte de la sentencia goethiana rige exactamente también para el mundo de los animales. No sólo es un importante principio metódico el de que las diferencias caracterológicas entre animales de la misma especie, sólo pueden delimitarse con seguridad en los casos en que los animales conviven en sociedades de mayor o menor persistencia, sino que aún puede afirmarse que la tendencia caracterológica que existe predispuesta en un animal, sólo llega a desarrollarse allí donde los estímulos correspondientes se dan en forma de influjo de los animales que viven con ellos en sociedad. Donde no existe ninguna recíproca influencia social no puede desarrollarse la personalidad con sus múltiples tendencias.

La socialización no es, sin embargo, la única condición previa necesaria para el desarrollo de la personalidad. La segunda condición es que los animales asociados hayan rebasado cierto nivel espiritual y, consiguientemente, estén en situación de tener noticia unos de otros e influir unos sobre otros mediante movimientos de expresión suficientemente diferenciados. Los corales se juntan para formar gigantescas asociaciones; sin embargo, faltan en su sociedad

todas las demás condiciones bajo las cuales pueden formarse personalidades. Y por otra parte, ¿en qué estado se encuentran los estudios caracterológicos de animales relativamente inferiores, pero con una intensa vida social, por ejemplo, los insectos sociales como hormigas, abejas, avispas? Observemos primeramente las abejas, que, como se ha visto por las bellas investigaciones de Frisch, han llegado a aplicar ciertos medios de comprensión. No es muy difícil demostrar que en las abejas existen ya diferencias individuales perceptibles. Se comprueba fácilmente que una abeja es más diestra que otra en descubrir su cebo, cuando lo ha encontrado poniéndola en cualquiera situación; que una abeja tiene mejor memoria que otra, lo que se manifiesta en su mayor capacidad de adiestramiento. Sobre la base de estas y otras diferencias de comportamiento, puede desarrollarse una psicología individual de las abejas. Pero hablar, por ello, de personalidades de carácter diferente en las abejas, no nos parece todavía muy razonable. Miradas por el hombre, se obtiene la impresión de que las abejas, en su comportamiento general así como en el comportarse de unas con otras, todavía están demasiado ligadas a lo específico para que se pueda hablar de personalidades entre ellas. Tal vez las abejas se tratan entre sí como personalidades; pero hasta ahora no podemos comprobarlo científicamente. Esto que decimos de las abejas, parece exacto también para todos los insectos sociales. La personalidad no se deja reconocer más que allí donde la sujeción a la especie está compensada por una mayor libertad para la acción.

Así como el carácter del hombre revela distintos rasgos en los distintos círculos sociales a que pertenece, así las personalidades animales se manifiestan también diferentes según el grupo social en que temporalmente se hallan incluídas. Debemos a Deegener la descripción detallada de las sociedades animales existentes en la naturaleza. Para la investigación caracterológica hay que tener en cuenta, en primer lugar, las familias, con las variantes procedentes de las familias de los padres, de la madre, del padre y de las asociaciones sociales, más o menos alejadas de la familia, existentes en gran número. Una gallina (*gallus domesticus*) se comporta de muy distinta manera, según conviva con sus polluelos, con un gallo adulto, con gallos jóvenes, con gallinas adultas, y entre éstas de modo diferente también, según la composición del grupo de gallinas en el cual ha sido colocada.

En todos los animales superiores que viven realmente en sociedad, las influencias mutuas se hallan condicionadas por la personalidad y condicionan la personalidad; de modo tal, que el animal aislado no posee en un sentido estricto realidad psíquica alguna, es una abstracción tan incomprensible por sí misma, como una célula aislada fuera del organismo total de un cuerpo. Debe, pues, evitarse considerar la personalidad de un animal como una magnitud constante e independiente, pues en realidad, varía, en grado asombroso, según el medio social.

Si hasta ahora hemos hablado—fundados en el criterio dominante en caracterología humana—de caracteres animales, en el sentido de la caracterología

individual, de aquí en adelante es preciso desarrollar otro concepto del carácter, o, más exactamente, una serie de conceptos del carácter.

Para ello debemos referirnos, nuevamente, a lo expuesto líneas atrás, respecto de las abejas, en las cuales no puede hablarse de personalidades, porque su conducta se halla íntimamente ligada a la vida de la especie, y no permite diferenciar ningún tipo caracterológico individual. No obstante, pudiera atribuirse un carácter determinado a la «especie» abeja, y oponerlo al carácter de otras especies afines: avispas, avispones y abejorros. En este sentido se habla también, a menudo, de caracteres de las especies. Cuando se trata de comparar la conducta de especies animales muy próximas, o tan sólo de variedades, se puede, en este caso, con cierto derecho, utilizar el método caracterológico comparativo. Recordemos las numerosas razas de perros que pueden ser clasificadas por el carácter. Así, esta raza canina es apta, por su carácter, para perro policía, aquélla para perro de caza, la otra para perro de sanidad, etc. La confrontación de caracteres de animales de distintas especies, tiene sentido siempre que se trate de grupos bastante próximos biológicamente. De aquí el gran valor que tiene, por ejemplo, confrontar caracterológicamente al perro con su próximo pariente el lobo, y comparar los animales domesticados con sus formas raciales salvajes, con objeto de determinar la influencia de la domesticación sobre el carácter. Pero ¿qué valor puede concederse a la comparación de dos animales que viven en mundos completamente separados, como las abejas y

los monos? En este caso faltan todas las medidas comunes para establecer relaciones entre sus inclinaciones.

El carácter de especie o de variedad de especie no depende de las condiciones a que anteriormente aludimos, y no puede hablarse, por tanto, tampoco de personalidad. Solamente hablaremos de caracteres de especie cuando la vida psíquica no esté muy desarrollada, e incluso, también, cuando no sea posible demostrar de un modo evidente la existencia de dicha vida psíquica. Todo juicio acerca de un carácter de especie—a mi juicio—se apoya en la confrontación de especies animales o variedades próximas entre sí, aun cuando esta proximidad no siempre sea evidente, en relación con la forma absoluta en que se presenta. La caracterología individual de una especie animal se construye siempre sobre los cimientos de la caracterología de la especie, incluso en el hombre, porque cualquier juicio caracterológico individual sobre éste, presupone lo que es, en general, *humano*. Lo dicho anteriormente respecto de las diferentes formas de asociación animal, es de suma importancia para las investigaciones del carácter de especie, porque la forma de vida social elegida por una especie, la caracteriza, de ordinario, de modo sobresaliente. Pero también puede darse el caso de que una especie se caracterice por la ausencia total de vida social, como acontece con los animales de vida solitaria.

Si nos atenemos a la diferencia que en el hombre existe entre psicología general e individual, podemos decir que el carácter de *especie* de un animal pertenece a su psicología general y el carácter *individual* a su psicología individual. Si subimos o descendemos en la clasificación usual, empleada en el sistema zoológico de la especie, hallamos solamente la variedad subordinada a la especie; pero si ascendemos en el orden en ella establecido, encontramos el género, la familia, el suborden, el orden, la clase, la subraza y, como eslabón final, la raza. En correspondencia con esta clasificación—si prescindimos del carácter de especie y de variedad—nos resta tan sólo hablar del carácter de género, subgrado, etc., para llegar, finalmente, al carácter de raza. Conforme va estrechándose el concepto en la serie de las disyunciones zoológicas, va aumentando la riqueza del carácter del grupo animal correspondiente, pero es claro que hay muy poco que decir acerca del carácter psicológico de toda una raza animal. En general, puede afirmarse que dos especies animales poseerán una mayor afinidad caracterológica, cuanto más próximas se hallen en la serie animal y, por tanto, su semejanza externa sea mayor que la de su organización somática. En muchas especies animales basta conocer su exterior para formar un juicio exacto acerca de su carácter, sin necesidad de recurrir al estudio de sus modos de conducta. Al llegar a este punto tropezamos con una cuestión muy compleja y muy importante de psicología animal, de la que puede desprenderse alguna luz que aclare ciertas relaciones caracterológicas humanas.

Durante siglos se ha tratado de investigar la cuestión caracterológica humana, relativa a la correlación entre la constitución corporal y el carácter, sin llegar,

por desgracia, a resultados totalmente satisfactorios. En el animal, la cuestión de la correlación entre el cuerpo y el carácter es mucho más sencilla y clara, porque impera más la armonía externa entre el organismo corporal de una especie animal y su carácter psicológico. La estructura del alma corresponde mucho más a la estructura externa del cuerpo. La dentadura del animal carnicero le impulsa al exterminio de otros animales, y su aparato digestivo no le permite vivir de vegetales. La rapidez de su carrera y su ínfima defensa impulsa al corzo a la fuga, en cuanto le amenaza un peligro. La oveja es obligada por su aparato digestivo a alimentarse de vegetales. En el cuerpo atlético de un hombre puede anidar un alma temerosa en extremo, y en un cuerpo débil y enfermizo un espíritu de gran osadía. Pero en el cuerpo de un león no cabe el carácter de un herbívoro, ni en el de una oveja la naturaleza de un animal carnicero. En los animales jamás observamos una separación grande entre sus propiedades psíquicas y corporales. Los animales son siempre, a causa de su organización externa, especialistas, y su especialización puede variar en amplios límites, pero en todo momento perdura la misma forma de la dentadura, del pie, para cavar, nadar, trepar, etcétera. La especialización del cuerpo predetermina en el animal su modo de vida en un medio biológico bastante limitado, y, al mismo tiempo, determina también su carácter. El hombre es, merced a su naturaleza corporal, la criatura menos especializada, y nada lo expresa con tanta claridad como la extraordinaria diversidad de su órgano de aprehensión: la mano. La

mano del hombre puede considerarse como símbolo de la variedad de su espíritu. (Kant: La mano es el cerebro externo del hombre.) A la especialización defectuosa del cuerpo humano corresponde la absoluta independencia de su carácter respecto de lo corporal. A la gran plasticidad de sus órganos se halla unida la diversidad de caracteres individuales en psicología humana. Al lado del hombre es el antropoide el animal menos especializado y el que muestra, por tanto, según la experiencia lo confirma, la mayor riqueza en caracteres individuales. Con el hombre son el animal menos ligado al cuerpo, caracterológicamente.

Si el hombre tiene que sufrir a causa de la discordia de su naturaleza, cuando su carácter con frecuencia se halla en pugna con los impulsos de su cuerpo, el animal que vive en libertad se ve exento de estos conflictos; su carácter no hace nada que no esté en consonancia con su organización somática. Mientras el animal salvaje no ha cometido ningún pecado original caracterológico, otra cosa sucede con la bestia o el animal que el hombre ha sometido a un adiestramiento y convive largamente con el hombre en domesticidad, obligado a adaptarse a las circunstancias de la vida humana. El tigre que no muerde la mano que el domador introduce en sus fauces, ha aprendido a dominar su natural sed de sangre, contrariando un instinto arraigado en su organización somática. Todas las artes del adiestramiento, el azúcar y el látigo, fueron empleadas para llegar a este extremo. El adiestramiento puede, según la clase, intensidad y duración de los métodos empleados, modificar el carácter primario en distinto gra-

do y profundidad. A consecuencia de la privación de libertad, condición esencial del adiestramiento, se pueden estudiar las relaciones caracterológicas en los animales, con una exactitud que, desgraciadamente, está vedada, de ordinario, a la caracterología humana. El adiestramiento permite diferenciar el carácter del animal tanto en sentido individual como en el de la especie. Sabido es que el adiestramiento puede producir diferencias considerables de carácter entre variedades muy próximas entre sí.

Lo que en el animal produce el adiestramiento, se obtiene en el hombre por la educación. No otra cosa fué la pedagogía de algunas épocas que una especie de arte de adiestramiento. Es sabido, que bajo la acción de ciertos estímulos, así como bajo la influencia fisiológica de ciertos medicamentos y substancias estupefacientes (alcohol, morfina), los modos de conducta adquiridos por la educación pueden sufrir una modificación más o menos intensa. En los animales salvajes las impresiones externas insólitas así como determinadas situaciones orgánicas, por ejemplo, el hambre y el celo, perjudican los resultados del adiestramiento y permiten la reaparición de las disposiciones naturales. Cuanto más tiempo un animal resista a tales influencias, que experimentalmente se pueden variar en amplios límites, tanto más el domador habrá logrado penetrar en capas profundas de su carácter.

Las anteriores consideraciones se refieren, preferentemente, a cuestiones generales; ahora pasaremos a estudios especiales sobre caracterología animal. Apoyados en las presentes investigaciones de psicología animal, referiremos nuestras contribuciones a la caracterología del gallo doméstico.

IV

Comenzaremos nuestra contribución a la caracterología de la gallina, refiriendo a este respecto lo que sobre esta cuestión se halla en un trabajo de Katz y Toll acerca de la caracterología individual. Séame permitido referir aquí, con detalle, las características de los cinco animales de experimentación con que trabajaron dichos autores—*Jungfer*, *Walküre*, *Silber*, *Mohr*, *Rebhuhn*—, puesto que en psicología animal hay muy pocas descripciones de este tipo relativas a animales.

1. *Jungfer.*—Apresurada e inoportuna en sus movimientos; frente a los otros animales, de movilidad histérica. El animal, que era muy familiar, volaba al brazo extendido y al hombro; pero era, por otra parte, de una gran «susceptibilidad». Si se le expulsaba con la voz o con el gesto, o se le pegaba ligeramente, después era imposible, durante un cierto tiempo, tratar de cogerlo. No sólo en ulteriores investigaciones, sino en la observación diaria se manifestó siempre como el animal más inteligente del grupo. Socialmente actuaba como déspota sobre los otros cuatro animales, lo que permitía designarla en el sentido que da Schjelderup-Ebbes a la palabra «cabecilla». Su despotismo aparecía con toda claridad. Con frecuencia se vió Jungfer llevando un trozo de pan en el pico, acometer a otro

animal para impedir se acercara a la comida. Por razón de su temperamento, mantenía Jungfer al resto de sus compañeras en continuo movimiento; pero en cuanto se ausentaba, las otras gallinas se conducían con mayor tranquilidad.

2. *Walküre.*—Correspondía a su aspecto imponente la actitud tranquila del animal. Sin ser huraña, no se podía trabajar a gusto con ella. Mostraba cierta reserva distinguida. Ante la escudilla llena de alimento permanecía tranquila, y aunque tuviese, como sus compañeras, hambre, no comía. Al contrario de Jungfer, jamás se manifestó envidiosa por el alimento. Frente a los otros animales se mostraba serena; sólo, ocasionalmente, picoteaba a Silber. Walküre daba la impresión de gran prudencia, como correspondía a sus cualidades reales.

3. *Silber.*—Animal muy cobarde. En consonancia con su pobre inteligencia, se conducía, con gran frecuencia, atolondradamente. Nunca perdió el miedo. Socialmente, Silber tomó desde el principio a su cargo el papel de cenicienta, perseguida y picada por todos. No obstante, era muy adicta a los otros animales, pues si se la aislaba de los demás, intentaba, excitada y cacareando ruidosamente, volver a reunirse con sus compañeras. Silber poseía, decididamente, lo que se suele designar con la expresión de necesidad de apoyo. Hay hombres también que no pueden prescindir de la sociedad, aun cuando ésta no tenga para ellos más que malos tratos.

4. *Mohr.*—Acustadiza y por tanto aturdida en los experimentos. Cierta irregularidad en su conducta,

que daba la impresión de versatilidad. A veces perdía su temor y volaba confiada al brazo, sobre todo cuando Jungfer lo hacía primero. La tendencia a la imitación se manifestaba también en estos animales. Ocupaba un rango social aventajado, y picaba a todos, excepto a Jungfer. Ocurría a veces que perseguía a las demás gallinas sometidas.

5. *Rebhuhn.*—El animal se mostró al principio muy inteligente; pero, en realidad, lo que daba esta impresión era solamente su valentía y arrojo. De todas ellas era la única que permitía se le levantara del suelo sin hacer el menor gesto de escapar. Tenía algo de pacífica. Tan sólo luchó dos veces con Jungfer. Frente a un adversario de la naturaleza de Jungfer se alteraba por completo, aunque sin recurrir al auxilio de las demás. No tenía ningún miedo a los perros, al contrario de las demás, cuya sola presencia les exasperaba.

Los cinco animales, cuyo carácter acabamos de describir, fueron sometidos a diferentes pruebas de inteligencia mediante una serie de *tests* adecuados a ellos, de diferente grado de dificultad. El carácter de cada uno resaltaba claramente en los rendimientos obtenidos en ellos mediante este examen de la inteligencia. De los resultados de las diversas pruebas—que no describiremos aquí—se deduce, como lo más importante del método, que en psicología animal se ofrecen una serie de posibilidades de naturaleza experimental, susceptibles de evidenciar propiedades caracterológicas latentes.

En el trabajo de Katz y Toll se encuentran tam-

bién elementos para el estudio experimental del problema del jefe social, el cual posee un lado caracterológico muy importante. Fué investigado el grado en que un animal es capaz de mandar sobre otro, o, por lo menos, servirle de modelo, y cómo es en el aspecto intelectual y social el jefe. En determinadas circunstancias se observa cómo el animal que ni intelectual ni socialmente marcha a la cabeza del grupo, puede ser ejemplar para la conducta de los demás. Puede formularse este hecho diciendo que en los animales la jefatura política no marcha siempre paralela con la inteligencia.

Ante los tipos caracterológicos de las cinco gallinas referidas, podría objetarse que son absolutamente antropomórficos y que tales descripciones huelgan en una psicología animal crítica moderna, como nosotros hemos indicado muy expresamente. A una objección de esa naturaleza debemos responder, recalcando mucho nuestras palabras, que no nos parece posible hacer una descripción detallada de la diversidad de modos de conducta, realmente observados en las gallinas y de los caracteres subyacentes, sin acudir a los términos empleados en la caracterología humana. Sólo el psicólogo conductista (behaviorista) ortodoxo impugnará este criterio, oponiendo un concepto de vida consciente propia. Esto es, naturalmente, exacto; y no necesitamos repetir que los conceptos aplicados por nosotros para designar la conducta de los animales pierden aquel aspecto que poseen en la psicología humana a consecuencia de la reflexividad.

Me refiero a ciertas consideraciones de Heinroth,

con motivo de la descripción de la conducta del ganso en el momento del aparejamiento, así como sobre la de los cisnes y gansos frente a las parejas de la misma especie. Para el matrimonio concluso, de toda la vida, no es determinante en el ganso la cópula, sino el grito triunfal entonado por la hembra y el macho, grito que éste da después de vencer a un adversario verdadero o supuesto y al cual se une el del elegido, en el caso que consienta el aparejamiento. «Yo comprendo este hecho como sigue: que los animales expresan mutuamente de este modo su inclinación, que conjuntamente hacen frente al mundo entero, y en el acercamiento del ganso a su pareja se trata de una captación de la voluntad mediante el vencimiento de otro y el pavonearse con la propia heroicidad.»

Como Heinroth ha observado, la presencia de una pareja de la misma especie encoleriza a cisnes y a gansos. Según este autor, puede ocurrir que el macho, erigido en déspota del estanque no permita el emparejamiento de otros animales y aparezca siempre como elemento perturbador. ¿Qué propiedad caracterológica se oculta tras esta conducta? En modo alguno los celos, como a primera vista pudiera suponerse, pues el tirano no aspira a la hembra del macho expulsado por él, para emparejarse con ella. Su conducta puede interpretarse más bien como un acceso de cólera semejante al del hombre en un momento parecido. «Por tanto, el encolerizarse por las relaciones sexuales ajenas no es cosa exclusiva de la razón humana, sino que es una sensación natural muy extendida en la serie animal.»

De gran valor para una caracterología especial de la gallina son las muy autorizadas investigaciones de Schjelderup-Ebbes. Este investigador noruego se ha servido, como ningún otro observador antes que él, del experimento sociológico que desde entonces ha sido admitido y desarrollado en sociología humana. Todas las consideraciones de Schjelderup-Ebbes poseen una faceta caracterológica, que referiré brevemente.

Una continuada observación de las gallinas cuando buscan la comida, cuando comen en la escudilla, cuando buscan sitio en la percha o en el nido para poner huevos, así como en otras ocasiones diferentes, demuestra que la conducta de los animales entre sí no es puramente casual, como el observador, que no conoce particularmente a cada uno de los habitantes del gallinero podría suponer, sino que obedece a un conjunto de leyes fijas e invariables.

¿Cómo es posible conocer la conducta social de dos gallinas entre sí? El modo más seguro es el del picotazo, que puede acertar y entonces es más o menos doloroso para el animal tocado o no le alcanza, porque en el momento oportuno logra evitarlo. Antes de picar, la gallina adopta una postura amenazadora y este gesto es exactamente comprendido por el otro animal. Ahora bien, el picoteo y la amenaza, cuya consecuencia es la expulsión del otro animal fuera del sitio donde se halla la comida, de la percha o del nido—salvo el caso posible en que entre ambos exista cierta estimación—¿es indiferente y tan pronto se dirige a un animal como a otro? No. Schjedelrup-Ebbes ha demostrado que si dos gallinas han

convivido largo tiempo en el mismo gallinero, una de ellas amenaza o pica siempre a la otra, pero nunca se da el caso inverso.

Con Schjedelrup-Ebbes llamamos a la gallina que pica y amenaza, *déspota*, y al animal atacado o amenazado, *sometido*. Entonces se observa que el animal sometido, sólo en casos raros se pronuncia contra su déspota. Cómo y con qué resultado acontece esto, será expuesto después. Cuando se estudia la conducta mutua que observan entre sí los individuos que conviven en un gallinero, y tienen posibilidades de actuar unos sobre otros, se nota que no hay dos individuos de los cuales el uno no sea déspota del otro. Esto implica que el gallinero se halla subordinado a una rígida ordenación social de rangos.

Para la caracterología animal es muy importante cuanto acabamos de decir, pues demuestra el impulso indomable del animal a poner de manifiesto la ley de las propiedades caracterológicas sociales latentes en cuanto atañen al dominio y la esclavitud, ley que tiene su paralelo en la sociología humana. El orden de clases, deducido del picoteo mutuo, lo designa Schjedelrup-Ebbes con el nombre de *lista de picoteos*. De antemano podría suponerse que la gallina más fuerte, corporalmente, picaría a las más débiles, y de este modo se podría obtener una lista seguida en la que una gallina, de n gallinas, picaría a todas las demás, es decir, a $n-1$; la siguiente a $n-2$; la siguiente a $n-3$, etc. Pero esta sucesión no constituye la regla. Puede ocurrir que la gallina A pique a la gallina B; ésta a la gallina C; pero también que la C pique a la A. Esto es lo que

Schjedelrup-Ebbes denomina picoteo en triángulo. Del mismo modo puede darse el picoteo en cuadrado, cuadrilátero, etc. De aquí se infiere que junto al factor fuerza corporal individual, influyen otros factores en la formación de la lista. Este modo de relacionar el picoteo, permite suponer *a priori* que puede haber gallineros en los cuales no haya ningún animal que no esté sometido a otro. Esta suposición es confirmada por la experiencia.

Si se trata de una población gallinácea compuesta exclusivamente de gallos, ocurre lo mismo respecto de la ordenación de la lista de categorías. Esto demuestra que el instinto, evidenciado por nosotros, relativo a la manifestación del carácter social latente, es independiente del sexo.

En las relaciones despóticas que se establecen entre dos animales juegan un papel importante, en primer lugar, junto a la fuerza corporal otros factores caracterológicos, como el valor y el arrojo. Si nos atenemos a estos dos factores únicamente, resulta a primera vista paradójico el picoteo en triángulo, en cuadrado, etc. Pero es fácil de entender, pues en el ejemplo anterior nuestro, la gallina *A* vence a la *B* por su fuerza corporal, la gallina *B* a la *C* por el mismo motivo, pero la gallina *C* puede vencer a la gallina *A* precisamente por su arrojo, aunque aquélla sea más fuerte que ésta.

Es maravilloso que precisamente el primer encuentro entre dos animales sea decisivo y tenga tan gran importancia y que el animal entonces sometido se acomode, frecuentemente, por un tiempo menor o

mayor, a su suerte. Rara vez acontece que un animal de carácter rebelde intente pronunciarse contra su déspota. Es de notar que tales pronunciamientos rara vez se den en animales que han sido sometidos en lucha y vencidos por motivos fisiológicos. Cuando un animal sometido declara no querer seguir en relación de obediencia, es de regla que se establezca una nueva lucha y que el déspota aspire de nuevo a ocupar la antigua situación. Si en esta lucha vence el déspota, el animal sometido vuelve sin más a su antiguo lugar. Es curioso que en estos duelos el animal revolucionario no lucha con el denuedo que lucharía contra un adversario desconocido; indudablemente ejercen una influencia sobre él las relaciones anteriores que mantuvo con el déspota, de las que difícilmente puede libertarse. De aquí el mediano valor con que emprende su cruzada revolucionaria.

Cuando a consecuencia de circunstancias especiales—por ejemplo un orden artificial establecido por el experimentador—entran en lucha animales que en sus respectivos grupos fueron cabecillas, el combate es ferozmente violento. Tales animales no están habituados a que otro animal intente usurparles su puesto por la fuerza.

El carácter de la gallina sufre una completa alteración cuando se halla clueca. La excitación, en que el animal clueco se encuentra, se manifiesta de tal modo, que las luchas por el rango social en caso de necesidad se resuelven con inusitada energía. En esta cuestión juegan un papel de gran importancia para la caracterología animal las secreciones internas, ya que,

en nuestro sentir, este estado es debido a las secreciones internas. La psicología animal ofrece, frente a la psicología humana, la posibilidad de estudiar la influencia endocrina sobre el carácter, merced a modificaciones muy grandes de las condiciones de experimentación. El estudio de la alteración de la conducta bajo la acción endocrina debe ser incluído en la caracterología, y no debe darse por concluso diciendo que tan sólo se trata de momentos pasajeros de la conducta. Pues todo habla a favor de que tal o cual rasgo caracterológico, que un sujeto muestra de modo constante, es debido a la influencia, también constante, de ciertas fuerzas endocrinas.

La observación en el gallinero enseña que una gallina que conduce a sus polluelos es muy belicosa. Defiende a su prole contra las gallinas que son sus déspotas. En caso de necesidad hace frente a los perros y ataca a los hombres, aun cuando anteriormente, cuando no tenía hijos, fuese de naturaleza asustadiza. El temperamento de una gallina madre de familia persiste en la dirección impuesta cuando se hallaba clueca. He aquí un ejemplo muy instructivo de cómo se desarrolla una propiedad temperamental por vía psíquica (vista de la prole), a que un proceso endocrino (estado de incubación) abrió camino.

Es de sumo interés caracterológico lo que Schjelderup-Ebbe dice acerca del carácter de los animales que en la ordenación social de rangos ocupan una posición distinguida o cuya posición se desplaza ya en un sentido superior o inferior. «Un ave que en una

gran banda solamente ejerce su despotismo sobre uno o sobre pocos, es más violenta sobre estos pocos que otra ave que ejerza su despotismo sobre un gran número de individuos. Cuando un ave está muy por debajo como conductor social, y como consecuencia de ello es cruel, logra en otra banda un lugar superior, su conducta se torna más indulgente. Pero si vuelve a la banda en la cual ocupaba un rango inferior, vuelve también a tratar a sus sometidos con gesto duro.» Se relaciona con esto el hecho de que un ave que ejerce un despotismo duro cuando tiene a su alrededor gran número de animales, se dulcifica cuando éstos disminuyen. Si, finalmente, queda sola con otra, puede darse el caso de que se establezca una relación de amistad entre el déspota y el animal sometido. Éste, el animal sometido, al percatarse del cambio efectuado en el déspota, se hace más confiado.

En caracterología humana ha sido, hasta ahora, inexactamente estudiada la cuestión relativa a cómo, en el curso de la vida individual, el carácter cambia y, en algunos casos, evoluciona. En los niños recién nacidos apenas se pueden percibir, dada la uniformidad de su conducta, diferencias caracterológicas, que, más tarde, en el adulto, se manifestarán claramente. Tampoco en los primeros años de la vida es muy clara la diferenciación caracterológica, lo que explica, por ejemplo, la conocida observación de que los niños no son muy escrupulosos en la elección de sus amigos. El azar determina en los años infantiles la amistad. Sólo en la pubertad comienza a desarrollar-

se el carácter y a diferenciarse netamente y entonces ya se buscan los amigos que el propio carácter apetece. En las biografías de los grandes hombres son tratadas las cuestioues aquí indicadas acerca de la evolución del carácter, pero es sabido cuán numerosas son las fuentes de error que precisa tener en cuenta. Grande es la tentación a incluír en la consideración retrospectiva de la vida de los grandes hombres, todo lo más posible para completar su evolución caracterológica, incluso aquello que en la observación diaria no se justifica. La psicología animal es de suma importancia como método para el estudio de la evolución del carácter en la vida individual. En los animales se puede seguir la evolución del carácter con toda exactitud, incluso con el empleo de métodos experimentales. En lo referente a la tendencia al ejercicio del despotismo, por ejemplo, nos referimos nuevamente a las autorizadas observaciones del investigador noruego.

Según Schjelderup-Ebbe, los polluelos recién nacidos se llevan, al principio, muy bien entre sí, sin que en ellos se observe nada que asemeje al odio. Esta fase pacífica dura de diez y seis días a un mes. Después se manifiestan los primeros conatos de lucha para conquistar los rangos por combate. Tales conmociones primeras son de naturaleza instintiva. Es decir, que se presentan aun cuando los pollos no frecuenten el trato con adultos que puedan servirles de modelo, e incluso en polluelos de incubadora. En este estadio se manifiestan notables diferencias caracterológicas entre los sexos. Las luchas por la posición social se inician antes en los pollos que en las gallinas.

El gallo adulto es siempre, en realidad, déspota con las gallinas; pero la naturaleza de este despotismo se modifica en el curso del año, en relación con las estaciones. Podemos, pues, decir, que el carácter del gallo, manifestado en su conducta con las gallinas, cambia según la época del año; esto es, que se altera, con la marcha de las secreciones internas. El despotismo del gallo se halla, en la época en que el instinto sexual está despierto, encubierto por cierta caballerosidad ostentosa. Pero en el invierno, cuando la actividad sexual del gallo reposa, su despotismo con las gallinas se presenta con toda claridad. Es muy curioso, desde el punto de vista del carácter, el hecho de que un gallo, por motivos desconocidos, pueda sentir aversión a cubrir una gallina determinada, aunque ésta sea por su estructura tan apta para la cópula como cualquier otra; esto se demuestra por el hecho de que otro gallo la cubra sin inconveniente alguno.

En el mundo de las aves es de regla, que—como ocurre en las gallinas—todo macho adulto sea déspota con las hembras. Sin embargo, en algunas aves, como por ejemplo, en algunas especies de gorriones, es la hembra déspota con los machos. Donde reina el despotismo de la hembra se corre el peligro de la degeneración, a consecuencia de los obstáculos a la cópula. El carácter de la hembra carece de las disposiciones primarias para conductor de animales adultos; si la hembra despotiza malgasta su fuerza.

Todavía hemos de referirnos a algunos factores, que, durante un tiempo más o menos largo, pueden enmascarar el carácter de un animal. Cuando se mez-

clan animales nuevos con viejos, en el territorio de estos últimos, se entablan luchas por el dominio, en las cuales los recién llegados suelen llevar la peor parte. La falta de costumbre del lugar no consiente al recién llegado luchar con el tino con que lucharía en otras condiciones. Los animales nuevos, recién llegados, tienden a juntarse y reunirse en un determinado punto. Bajo la acción deprimente de un medio desconocido, los déspotas pierden a veces el interés por el ejercicio de su poderío sobre los animales sometidos. A esta cuestión pertenece la siguiente observación de Heinroth: la ordenación de clases absolutamente rígida, establecida entre las parejas aisladas de cisnes en un estanque, puede quebrarse cuando, por cualquier circunstancia, los habitantes del estanque son simultáneamente presa del pánico. El orden social establecido entre los gansos no se percibe claramente cuando estos se encuentran en el agua (evidentemente porque estas aves evitan reunirse fuera de los momentos de verdadera necesidad), pero se hace evidente tan pronto se juntan en el momento de la comida. Según Schjelderup-Ebbe las amistades entre las aves son absolutamente excepcionales; es decir, aquellos estados en los que en lugar de la relación de dominio de uno sobre otro se presenta una convivencia pacífica entre dos individuos del mismo género. «En algunos pájaros—por ejemplo en los pinzones africanos—es corriente verlos posados sobre la misma rama, pacíficamente, sin picarse, muy juntos, probablemente para obtener una temperatura agradable en los puntos de contacto.» No hay duda de que en este caso puede

hablarse de un rasgo acusado de afabilidad amistosa en esta clase de aves. A él puede oponerse el caso contrario: la exagerada inclinación combativa de otras aves, como el gallo montés y el colibrí.

Heinroth refiere algunos casos de amistad engendrados entre individuos de igual sexo, habitantes del mismo estanque y de parentesco más o menos próximo. Tales amistades deben originarse sólo muy rara vez en la vida natural de estos animales. No deja de tener importancia para el conocimiento de la homosexualidad en el hombre, desde el punto de vista caracterológico, la existencia de individuos homosexuales en las aves, cuando falta un compañero de otro sexo, y los animales se hallan forzados a convivir en un espacio muy reducido. Este tipo de relaciones homosexuales, engendradas en estas condiciones, se pierde más tarde, cuando tales individuos disponen de compañeros heterosexuales. Estos casos de homosexualidad parecen corresponder a los observados en el hombre en condiciones semejantes, cuando no hay ningún rasgo caracterológico homosexual congénito.

Si a los animales les fuera dado llevar a cabo estudios caracterológicos, llegarían verosímilmente a conclusiones esencialmente distintas de las que obtiene el hombre desde su punto de vista. A lo dicho anteriormente respecto del gusto especial de los gallos por determinadas gallinas, añadiremos la siguiente observación casual, como un documento más a favor de nuestra idea: el cabecilla de un grupo no necesita ser siempre, frente al hombre, el más atrevido. En caracterología animal es preciso dar a conocer en todo

momento el punto de vista en que se apoya la observación. Todas nuestras explanaciones representan el ensayo de establecer una caracterología de la gallina, dentro del grupo de esta clase de aves.

David Katz.

Poemas arábigoandaluces

CUANDO Amicis veía un ómnibus cruzar las calles de Estambul, se indignaba y escribía: «vi vien da ridere, e guardate quel veicolo stupiti come se non ne aveste mai visti». Con este criterio, yo hubiera tenido que dar por no visto, en un reciente viaje *, toda Constantinopla, casi todo El Cairo y una gran parte de Damasco. Y la impresión que causa el Oriente actual era doblemente punzante para un español que llevaba una misión algo más espiritual que la de buscar pozos de petróleo, vender máquinas, comprar tapices y cigarrillos ambarados, o hacer girar unos cuantos rollos de *Kodak:* es a saber, la de estudiar de cerca una civilización que vivió ocho siglos en nuestro suelo. Por ello agradecí fervorosamente—aparte el gran valor que en sí lleva la dádiva—la generosidad de Áhmed Zeki Bajá, el gran magnate egipcio, al ofrecerme, para su edición y traducción en España, copia de un precioso manuscrito de poetas arábigoandaluces, desconocido y único, conservado en

* Pensionado por la Junta para ampliación de estudios.